



SERGIO
MICCO

Los desafíos contemporáneos de la democracia



Antonio Fillol Granell, 1895, *La gloria del pueblo*. Museo del Prado, Madrid.

SERGIO MICCO

Doctor en Filosofía Política. Profesor de la Facultad de Gobierno de la Universidad de Chile.

Introducción

Hoy por hoy, damos por hecho la victoria de la democracia por sobre otro régimen político. El fin de la historia anunciado el año 1989 no fue tal, pero ideológicamente, el triunfo de la idea democrática fue categórico y lo es hasta el día de hoy. Incluso los populismos no solo se dicen democráticos, sino que lo son en un doble sentido, ya que aspiran al poder ganando elecciones libres y gobiernan invocando la idea de que la democracia se basa en el respeto a los dictados de la mayoría. Otra cosa es lo que hacen al momento de debilitar la división de los poderes propia de las democracias liberal-representativas que ellos combaten sin ocultarlo. Sin embargo, si agudizamos el oído y extendemos la vista, sabremos que hay un modelo de desarrollo extremadamente exitoso que viene del Oriente. China podría terminar el año siendo la primera potencia económica mundial¹. La producción económica por persona, en un país que ahora cuenta con 1.400 millones de habitantes, aumentó cerca de un 3.000% en las últimas décadas². La pobreza se ha ido a pique y una poderosa clase media no deja de emerger. El antiguo aislamiento chino ha

sido reemplazado por una activa y sostenida penetración de las economías de Asia, África y Sudamérica. El poder político es ejercido por un partido de gobierno, sin que haya mucho de elecciones libres, competitivas y limpias, derechos políticos y libertades públicas. Para colmo de males, los actuales regímenes políticos occidentales viven lo que se llama recesión, declive o desconsolidación democrática. El desafío oriental es de larga data. Lo describió Heródoto y lo teorizó Aristóteles, del mismo modo que Voltaire exaltó la China de Confucio. El reto es radical, pues se trata de una cultura enteramente distinta a la occidental. Ellos no conocieron la filosofía griega, la del humanismo racionalista que se hizo democracia en Atenas; tampoco los romanos, quizás salvo en fugaz momento bajo Marco Aurelio, dejaron su impronta política y jurídica, ni que hablar del judeocristianismo y su creencia en la inmortal dignidad humana fundada en un Dios que la creó, ama y sostiene. China es otro mundo, de ahí que si me preguntan cuál es el principal desafío político para las democracias: aquí lo tienen.

1 “Resumen del crecimiento económico de China”, John Letzing, 3 de julio de 2024, <https://es.weforum.org/agenda/2024/07/resumen-del-crecimiento-economico-de-china/>

2 “China podría superar a los EE.UU. como la mayor economía del mundo en 2024”, 27 de julio de 2020, <https://es.weforum.org/agenda/2020/07/china-podria-superar-a-los-ee-uu-como-la-mayor-economia-del-mundo-en-2024/>

I.- El despotismo oriental viene de largo

Norberto Bobbio, en su notable curso acerca de las formas de gobierno, dado en 1975, les dibujó a sus estudiantes, con trazos de artista consumado, un cuadro de la historia de las formas de gobierno vistas por los filósofos³. Fue el curso que más éxito y difusión tuvo⁴. El filósofo del derecho les recordó que los seres humanos, desde los albores de la historia, han reflexionado y debatido acerca de un modelo ideal de Estado. La historia que desplegó Bobbio a sus alumnos partía de otra época de convulsión. Heródoto describía un debate entre tres insignes persas acerca de cuál es el mejor régimen para gobernar el imperio que se ha extendido por el mundo (*Historias*, Libro III, párrafos 80-82)⁵. Ciro el Grande, fundador de imperios, el año 530 antes de nuestra era, fue brutalmente asesinado, víctima de su ilimitado afán de gloria. Le sucedió Cambises, que se embarcó en largas guerras; perdió ejércitos, fue traicionado y tuvo un final abrupto. Serán solo siete años de gobierno. ¿Quién lo reemplazará? Tras cinco días de disturbios, Otanes, Megabyzo y Darío se reúnen. Para ellos ya no se tratará de definir un gobernante, sino que de fundar un régimen político ideal. Uno defendió la democracia; el segundo, la aristocracia, y el tercero, la monarquía. La historia antigua y medieval le dio la razón a Darío; la moderna y contemporánea, a Otanes. Este último defendió un régimen político en que “por sorteo se ejercen los cargos públicos, los magistrados son obligados a rendir cuentas, toda decisión es sometida a voto popular”⁶. Quien venció fue Darío y una forma especial de monarquía que el maestro de Alejandro Magno, vencedor del gran imperio persa, teorizó con agudeza.

Aristóteles le enseñó a su destacado alumno que el poder soberano de la ciudad podía ser ejercido por una persona o unos pocos o la mayoría, y cuando el gobierno sea ejercido para el interés general la constitución será recta. En lo que nos interesa, la alternativa defendida por Darío consistía en el gobierno de una persona al servicio del bien común. Ahora bien, Aristóteles distinguió varios géneros de monarquía, entre ellas, “la monarquía de los pueblos bárbaros”⁷. Esta categoría tendría gran éxito histórico y se le identificaría como “monarquía despótica” o “despotismo oriental”. ¿En qué consistía esta clase de régimen? En que el poder se ejercía tiránicamente, es decir, mediante la fuerza y la arbitrariedad; sin embargo, el poder era legítimo, pues era aceptado por los “pueblos bárbaros”. Los pueblos asiáticos, en el pensamiento aristotélico, eran más serviles que los griegos, soportando “sin dificultad un poder despótico sobre ellos”⁸. Entonces, estamos frente a sociedades y naciones que no querían ser libres y que de buena gana aceptaron a un tirano benévolo. Para Aristóteles los tiranos griegos imponían sus designios sobre pueblos libres, en contra de la voluntad ciudadana, causándoles tristeza, pena y dolor. El estagirita se basaba en Heródoto, quien pone en boca de un rey espartano exiliado que se integró en la corte del rey de reyes, Darío I, el año 491 a.C. Derrotado este ignominiosamente por los griegos, su hijo llamado Darío quiso vengarlo. Juntó un ejército tan grande que dio por hecho que los griegos se rendirían⁹. Con mayor razón lo harían si tenían muchos señores que los gobernaban y eran libres de hacer lo que querían. Demarato le dijo que se equivocaba, pues los griegos lucharían y morirían en defensa de su libertad que sometían a la ley de la patria que dictaba jamás huir, sino vencer o morir. Los

3 Norberto Bobbio, *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político* (México: Fondo de Cultura Económica, 1987).

4 Su destacado adjunto, Michelangelo Bovero, recogió los apuntes de los mejores alumnos y salieron dos volúmenes, para mayor gloria de la filosofía política. Bobbio, N. (1998). Autobiografía. Madrid: Taurus. p. 192

5 Norberto Bobbio, *op. cit.*, pp. 15-20.

6 *Ibid.*, 16.

7 *Ibid.*, 39.

8 *Ibid.*, 39.

9 Ryan, A. (2019) *De la política*. I. De Heródoto a Maquiavelo. Valencia: Tirant humanidades. p. 37-38.

atenienses, en particular, impondrían el criterio de que solo pueden gobernar los que cuentan con el consentimiento de sus conciudadanos. Demarato tuvo razón.

Entre los persas, todo el sistema político descansaba sobre este *despotes* absoluto, el amo de un pueblo de esclavos, que cumplían sus órdenes sin descontento ni protesta. Entre sus soldados no había autodisciplina militar, ni amor a una polis inexistente, solo existía entre ellos la ciega obediencia y la disciplina del látigo. Alejandro Magno, discípulo avezado, sabiendo la importancia de la teoría política y de las enseñanzas de la historia, aprendió bien la lección y la llevó a la práctica cambiando el curso de la historia. En la Batalla del Gránico arremetió directo en contra del emperador Darío, quien, temiendo por su vida y sabiendo que muerto él se desplomaba el gran imperio, huyó. ¿Qué pasó con el ejército de esclavos? Pues, decapitado, el cuerpo se desplomó y el ejército de los griegos libres coronó a Alejandro como el vencedor del “rey de reyes”. Sabemos que Heródoto era un gran conferencista que seducía a sus auditores con toda clase de historias y chismes. Padre de la historia puede ser, pero no del rigor historiográfico. Persia era un Estado que funcionaba, recaudaba impuestos, administraba justicia, reclutaba ejércitos y sus súbditos eran más prósperos que los griegos¹⁰. Aristóteles exageró las bondades de los helenos, pues sabía bien que los tiranos de sus tierras podían ser muy populares, incluso sabios como lo fue Hermias, protector y suegro del filósofo. Sócrates denostó con duras palabras a sus conciudadanos que se dejaban seducir por aduladores y demagogos que les quitaban la libertad política a cambio de la licencia moral y carnal. Cicerón, denunciando a Marco Antonio, dijo que los romanos no eran más numerosos que los íberos, ni más belicosos que los galos, ni mejores ingenieros que los cartagineses ni más ingeniosos que los griegos, pero sí más religiosos, patriotas y amantes de la libertad. Era lo

“¿Cuáles son, hoy, los argumentos fuertes a favor de la democracia? La grandeza de la democracia reside en el respeto de la dignidad humana. Para los griegos lo propiamente humano era ser un animal que debía vivir en sociedad y no sabía cómo hacerlo. Allí donde faltaban los instintos que ordenaban a abejas y hormigas, estaba la razón que se hacía discurso mediante el cual los humanos podemos acordar cuál es la mejor forma de vivir en común”.

¹⁰ *Ibid.*, p. 14.

que Heródoto decía de los griegos comparándolos con los persas. Sin embargo, fue el dictador el que blandiendo la espada derrotó a la toga y el pueblo romano se abalanzó sobre la seguridad que Augusto le dio arrebatándole la república y estableciendo el imperio. Pobre de Cicerón. De esta manera, sabemos que hay veces en que los pueblos no quieren ser el pueblo, como lo escribió Jacques Maritain a propósito de la nación francesa que prefirió a Petain antes que a De Gaulle en 1941. Sea como fuere, esta idea del Oriente despótico y el Occidente libre tuvo gran repercusión en la filosofía política, por ejemplo en Hegel. Más aún, fue un fundamento central en la Guerra Fría entre las democracias liberales y los socialismos reales. ¿De dónde vino la fuerza de la democracia?

II.- El triunfo de la democracia en el mundo occidental

26 ¿Cuáles son, hoy, los argumentos fuertes a favor de la democracia? La grandeza de la democracia reside en el respeto de la dignidad humana. Para los griegos lo propiamente humano era ser un animal que debía vivir en sociedad y no sabía cómo hacerlo. Allí donde faltaban los instintos que ordenaban a abejas y hormigas, estaba la razón que se hacía discurso mediante el cual los humanos podemos acordar cuál es la mejor forma de vivir en común. Animal racional y político que buscando la inmortalidad fue capaz, solo en Atenas, de hacer nacer la filosofía de Platón, la lírica de Píndaro, la tragedia de Esquilo, la historia de Tucídides, la elocuencia de Demóstenes, la escultura de Fidias, la majestuosidad del Partenón y una poderosa marina que extendió las obras inmortales atenienses por el mundo entero. Cicerón exclama: “Estoy convencido y así pienso: puesto que tanta es la rapidez de pensamiento de las almas, tantos los recuerdos de las cosas pasadas y tanta la prudencia acerca de las cosas venideras, tantas las artes, tanta la profundidad de los conocimientos, tantos los inventos que la naturaleza abarca, que esta no puede ser mortal

(Senectute, 21, 78). Judíos y cristianos elevaron aún más alto este humanismo declarando que el ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios, agregando estos últimos que Dios se había hecho hombre en el más humilde de sus retoños. La modernidad europea cambió los fundamentos de esta dignidad, pero no su esencia y existencia.

Cuando un agobiado y anciano Norberto Bobbio enunció las promesas no cumplidas de la democracia, terminó apelando a los grandes valores que la inspiran y que ha sabido concretar: la tolerancia por sobre los fanatismos y dogmatismos ideológicos y religiosos; el ideal de la no violencia que se expresa en la resolución pacífica de los conflictos, mediante el acuerdo o el voto¹¹, la renovación gradual de la sociedad mediante el libre debate de las ideas y el cambio de la mentalidad y la manera de vivir¹²; y, por último, el ideal de la fraternidad¹³. ¿Existe un régimen alternativo que sea del pueblo, pues se respetan los derechos y libertades del pueblo? ¿No se ha demostrado que cuando los gobernantes y partidos que quieren acceder y mantenerse en el poder son más receptivos a las demandas de la opinión pública, por lo que surge un gobierno para el pueblo en una forma creciente y más extendida que en los gobiernos autoritarios? Si no convencen estos argumentos positivos, quizás sí el que dice que no hay mejor alternativa. Repitamos una vez más el *dictum* de Winston Churchill: “la democracia es el peor sistema de gobierno diseñado por el hombre, con excepción de todos los demás”.

Hoy la democracia es el único régimen político legítimo en el mundo occidental, ya que no tiene alternativa ideológica que se le oponga, tanto así

11 “La enseñanza de Karl Popper, de acuerdo con la cual lo que esencialmente distingue a un gobierno democrático de uno no democrático es que solamente en el primero los ciudadanos se pueden deshacer de sus gobernantes sin derramamiento de sangre”. Norberto Bobbio, (1994). *El futuro de la democracia* (Colombia: Fondo de Cultura Económica), p. 31.

12 Bobbio anotaba que “únicamente la democracia permite la formación y la expansión de las revoluciones silenciosas, como ha sido en estas últimas décadas la transformación de la relación entre los sexos, que es quizá la mayor revolución de nuestro tiempo”. *Ibid.*, p. 31.

13 *Ibid.*, pp. 30-31.



que incluso los gobernantes autoritarios utilizan la retórica democrática. La democracia, a partir de la caída del Muro de Berlín, ha gozado de una extendida legitimidad, no disputada, por los socialismos reales y sus democracias populares¹⁴. Quizás la mejor definición retórica que se haya hecho de la democracia sea la de Abraham Lincoln y su célebre *Discurso de Gettysburg*. En un claro paralelo con las circunstancias, estructura y contenidos del *Discurso fúnebre de Pericles*, el presidente de Estados Unidos de América declamará ante la tumba de los soldados caídos que “para demostrar que no entregaron en vano sus vidas, que nuestra nación, colocada bajo el amparo de Dios, conocerá siempre la libertad tras este nuevo bautismo de sangre, y que el *gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo* jamás desaparezca de la Tierra”. De este ideal político surgen las críticas a las democracias realmente existentes. Una apunta a que las democracias realmente existentes son democracias liberales y representativas, y en ellas las decisiones las toman los representantes del pueblo, no este. Tampoco las decisiones se toman para el pueblo, dicen otros, pues incluso en las democracias más avanzadas son las desigualdades las que avanzan.

Fallan entonces dos realizaciones esenciales de la democracia: autogobierno e igualdad¹⁵. Sin embargo, quizás el problema es el inverso. Para provocar, adelanto que no se trata de que tenemos poca democracia, sino que mucha democracia.

Las dudas sobre la democracia liberal representativa

El debate, por lo dicho en el párrafo anterior, ha llevado a que los teóricos de la política se pregunten acerca de cómo acercar la democracia al pueblo, tanto fomentando la participación popular y realizando políticas igualitaristas. Sin embargo, quizás el problema fundamental es que la bondad de un régimen político fundado en la idea que defendió Otanes ha dejado de ser la mejor y que de no realizar un giro copernicano, la humanidad vaya a su ruina conducida por los representantes del pueblo libremente elegidos por el pueblo. Ben Ansell, al responder a la pregunta que constituye el título de su reciente libro *¿Por qué fracasa la política?*, menciona que la ciudadanía está votando racionalmente por representantes y por políticas públicas que causan un grave daño al bien común. ¿Por qué el

14 Robert Dahl, *Democracia. Una guía para los ciudadanos*, (Madrid: Taurus, 1999) 165.

15 Przewoski, Adam (2010). *Qué esperar de la democracia*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.

“Cada vez más la opulencia se transformará en ruina medioambiental y social. ¿Por qué ocurre esto? Ansell dice que el mundo occidental se rige por la “economía política”, cuya hipótesis fundamental es que ‘todo el mundo es egoísta o, como mínimo, posee intereses personales: queremos una serie de cosas y haremos lo que sea para conseguirlas’. Por lo tanto, si el político quiere ser elegido votará, por lo que sus electores le pidan y estos apoyarán a quienes les garanticen más prosperidad (material)”.

pueblo vota como vota y sus representantes hacen lo que hacen con tan grave daño al bien común?¹⁶. El caso paradigmático es la crisis medioambiental. En efecto, la justa demanda por la prosperidad, por parte de una población cada vez más numerosa, longeva y con mayor ingreso per cápita, está contaminando el planeta de tal manera, agotando sus recursos de tal modo y destruyendo su diversidad biológica en un grado tal que las futuras generaciones estarán condenados a una vida “desagradable, brutal y breve”. El mismo problema trata A. C. Grayling en su igualmente reciente y sugestivamente titulado libro “*Por el bien común*” (que más bien trata de por qué no lo estamos realizando).

A juicio de Ansell, los electores siguen votando por políticos que les propongan una vida de mayor bienestar y consumo, apostando, en el mejor de los casos, por una promesa que parece imposible de cumplir: que podemos crecer económicamente mucho, sin causar daños medioambientales apocalípticos. Esta promesa, llamada del “desacoplamiento”, no sería otra cosa que una quimera; si las ciudadanías de los países ricos no votan por la austeridad, no son solidarios con el resto del mundo, no cumplen sus deberes para con la naturaleza ni mucho menos actúan con responsabilidad respecto a sus descendientes. Para colmo de males, cada vez más la opulencia se transformará en ruina medioambiental y social. ¿Por qué ocurre esto? Ansell dice que el mundo occidental se rige por la “economía política”, cuya hipótesis fundamental, para nuestro autor, es que “todo el mundo es egoísta o, como mínimo, posee intereses personales: queremos una serie de cosas y haremos lo que sea para conseguirlas”¹⁷. Por lo tanto, si el político quiere ser elegido y reelegido, votará por lo que sus electores le pidan y estos apoyarán a quienes les garanticen más prosperidad (material). Grayling, con gran autoestima, explica nuestro *impasse* (democrático para nuestras preocupaciones), por los

16 Ben Ansell, *Por qué fracasa la política*. (Santiago de Chile: Planeta, 2023)pp 9-35.

17 *Ibid.*, 22.

efectos de la “ley de Grayling” que legisla: “Lo que PUEDA hacerse se hará si aporta ventajas o beneficios a quienes puedan hacerlo”¹⁸. La ley inversa dice “Lo que PUEDA hacerse NO SE HARÁ si supone costes, económicos o de otro tipo, para quienes puedan impedirlo”¹⁹. En concreto, si la industria de los hidrocarburos puede promover una ley que la favorezca, aunque cause daños medioambientales de consideración, lo hará del mismo modo que impedirá regulaciones que la perjudiquen.

El desafío que viene de Oriente, nos guste o no

Hoy observamos que las democracias occidentales están desafiadas por las “democracias iliberales” y autocracias extraordinariamente exitosas a la hora de garantizar el orden público, el crecimiento económico y la superación de la pobreza. Las “democracias iliberales” creen que los presidentes deben ser elegidos por el pueblo y que debe gobernar la regla de la mayoría, pero no adoptan el principio liberal de limitar y controlar el poder gubernamental, por lo que las libertades públicas se encuentran amenazadas²⁰. El modelo chino de desarrollo está demostrando que las economías de mercado no necesariamente presumen a la democracia y que un capitalismo pujante puede conjugarse con una autocracia de partido único, fortalecido por un uso formidable de las tecnologías más avanzadas. Esta es la alternativa más seria a las democracias liberales contemporáneas que tiene su acabado precedente en Singapur, orgullosa por sus éxitos económicos, sociales y tecnológicos alcanzados en una democracia iliberal que incluso podríamos calificar como autocracia electoral. Danilo Zolo la define como *No polis*, pues en ella se gobierna sin una esfera pública propiamente tal, más bien por una avanzada tecnocracia que responde a grandes

metas nacionales impulsadas por poderosas corporaciones:

“A las puertas del tercer milenio, Singapur se perfila como el modelo de la más perfecta antipolis moderna, caracterizada de una altísima eficiencia tecnológica, un gran uso de los instrumentos informáticos, bienestar difuso, excelentes servicios públicos (en particular, la educación y los hospitales), ausencia de desocupación, burocracia eficiente e ilustrada, relaciones sociales asépticamente mediadas de exclusivas exigencias funcionales, total falta de ideologías políticas y de discusión pública”²¹.

Ansell y Grayling terminan sus libros señalando que las creencias y leyes que enuncian con im- placable realismo no deben ser necesariamente aplaudidas, y que la acción colectiva orientada al interés general puede superarlas. Sin embargo, hay que partir de ellas. La motivación humana tiende al individualismo más cerril y los poderosos difícilmente renunciarán a ejercer su dominio. No debemos ser unos ilusos si queremos conseguir nuestros objetivos colectivos, por modestos que sean. Sin embargo, las soluciones que proponen en sus partes conclusivas son de tal pobreza que no tranquilizan a nadie ante los hercúleos problemas que nos agobian. El problema es que nuestras democracias pueden entrar en un declive fatal, sin un cambio cultural de envergadura, que ataque el corazón de esas bases individualistas y cortoplacistas que describen nuestros autores. En efecto, quizás el triunfo ideológico de la democracia, circunscrita al mundo occidental, empiece a ser revertido por el avance de estas nuevas alternativas de gobierno que vienen del Oriente. Quizás no son tan nuevas. La monarquía de Darío y la aristocracia de Megabyzo pueden estar resucitando en una rara y poderosa mezcla de autoritarismo político con tecnocracia de excelencia. 

18 Grayling, A. C. *Por el bien común*. Madrid: Ediciones Urano, p. 18.

19 *Ibid.*, 19.

20 Véase Przeworski, Adam (2023). *La mecánica del retroceso democrático*. México: Instituto Nacional Electoral, pp. 19-23.

21 Citado en: Isarda, JM y Cubas, JM, “La teoría postempirista de la democracia de Danilo Zolo: Una aproximación”. *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*. N° 84. Abril-junio 1994:303.